
Presentación

Javier Zamora Bonilla

El ruido ensordecedor provocado por la crispación instalada en el debate público, político y periodístico, impide que se preste atención a las corrientes de fondo que vienen haciendo de España un país más vividero.

Varias personas bienpensantes, entre ellas Agustín Andreu y Jaime de Salas, consideraron que era el momento de ofrecer a algunos «intelectuales» la posibilidad de que meditasen sobre los proyectos que podrían hoy mantener una línea de continuidad con lo que algún historiador ha denominado «historia de un éxito» para referirse a los últimos treinta años de la historia de España. *Revista de Occidente* ha sido siempre un faro para iluminar el horizonte, y qué mejor opción que recoger estas meditaciones en el presente número.

Una nación, como muy bien vio el fundador de esta *Revista*, no es sólo ni principalmente su pasado sino su futuro, el proyecto o proyectos que invitan a sus ciudadanos a seguir conviviendo para

hacer cosas juntos desde su acumulación de experiencia histórica. Se cumplen ahora veinte años de la entrada de España en la entonces llama Comunidad Económica Europea. «Ser europeos», «estar en Europa» fue para varias generaciones de españoles el proyecto de futuro. En esta expresión de «ser europeos», que pronto se transformó en «ya somos europeos» (aunque nunca habíamos dejado de serlo, ni podíamos, ni Europa podía dejar de ser también España) iban metidas muchas cosas: alcanzar mayores niveles de bienestar material, conseguir un régimen político que garantizase verdaderamente los derechos y libertades individuales y sociales, modernizar nuestras infraestructuras productivas y de conocimiento...

Veinte años después es un tiempo oportuno para pensar cuáles pueden ser hoy los proyectos equiparables aquel deseo de europeidad. Hoy cualquier proyecto nacional sólo puede pensarse seriamente desde una perspectiva europea, y con el ojo puesto al resto del mundo, especialmente a nuestro vecino del sur, África, a nuestros hermanos americanos y a las emergentes regiones de Asia.

Las naciones son entidades históricas y, por tanto, creadas en un tiempo. No son perennes, aunque tampoco, quizá por desgracia, tan fáciles de diluir como algunos piensan. A la postre se pertenece a un pueblo, a una cultura más o menos homogénea. La historia tiene su razón y las culturas no son fruto del azar, aunque el azar pueda haber intervenido en su construcción de diversas maneras. Las culturas son fruto de experiencias acumuladas a lo largo de generaciones, que han ido conformando su saber en formas diversas (lengua, folclore, instituciones, usos, costumbres, métodos científicos, etc.), a modo de comprensión de la realidad y de maneras de estar en el mundo. Cada cultura es una forma de estar en el mundo que cada uno de nosotros individualiza hasta cierto punto, pero al mismo tiempo las culturas son permeables y cada cultura puede enseñar a otras mejores modos de afrontar la realidad. Las culturas son acumulativas. El ser de las naciones no es un ser par-

menídeo sino un ser histórico y viviente, un ir haciéndose desde la realidad ya sida. Por eso, en este preguntarse por el futuro que hemos sugerido a los colaboradores de este número no hay ninguna autocomplacencia en la esencialidad de un supuesto ser inmutable, aunque sí la asunción de la –a nuestro juicio innegable– existencia de una realidad histórica llamada España, que ha aportado algunas altas cotas a la historia de la humanidad, y no sólo individualidades como suele decirse. Antonio Machado y María Zambrano decían que España era necesaria para la humanidad. Ideas como ésta, que pueden parecer retórica y que es fácil despachar como ridículas, están pensadas desde honduras muy profundas de conocimiento histórico y de experiencia humana; requieren mucha meditación antes de atreverse a burlarse de ellas. Ha pasado el tiempo de avergonzarnos de ser españoles; claro que tampoco es tiempo de ir por el mundo con banderas nacionalistas, sino momento de conexiones e integraciones.

Los artículos que siguen pueden leerse de muy distintos modos y no hay en ellos una unidad de enfoque, pero no creemos ser infieles a la propuesta que hicimos a sus autores si resumimos en unos cuantos puntos las ideas proyectivas de algunos de los retos que la sociedad española tiene por delante. No se quiere hacer decir a nadie lo que no ha dicho; el resumen es nuestro; ahí están los artículos:

1) El «gran éxito colectivo de los españoles» (Guillermo de la Dehesa) que ha permitido construir «una sociedad más libre, más flexible y más justa; y una economía más competitiva, menos intervenida, más eficiente, más estable y más abierta» (Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña) no puede tener continuidad si no se afrontan los problemas estructurales de la economía española: el enorme peso del sector de la construcción en el PIB, del que es fiel reflejo la «burbuja inmobiliaria»; el importante déficit comercial

exterior y el déficit de la balanza por cuenta corriente; las rigideces del mercado laboral junto a la temporalidad y la baja tasa de empleo femenino; la disparidad entre la productividad de muchos sectores económicos respecto a sus competidores internacionales por la menor utilización e intensidad del capital físico; la menor inversión y empleo de capital tecnológico, y la peor utilización y preparación del capital humano; el envejecimiento de la población y los problemas que esto generará al Estado del Bienestar; la inmigración; y la desertización (Guillermo de la Dehesa).

2) La sociedad española tiene que ser, como las demás europeas, ante todo una sociedad del conocimiento, lo que requiere una importante inversión pública y privada en educación, investigación, desarrollo e innovación, que se traduzca según la «estrategia de Lisboa» en «una economía más competitiva y dinámica, capaz de crecer de manera sostenible con más y mejores empleos y con mayor cohesión social, dentro del respeto al medio ambiente» (Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña, y en un sentido análogo Guillermo de la Dehesa y Bernat Soria). La construcción de esta sociedad del conocimiento no puede hacerse de espaldas al ciudadano, pues serán en realidad los ciudadanos quienes la hagan; por eso políticos y científicos tienen que saber explicar las repercusiones positivas que en la vida cotidiana tendrán las inversiones en esta sociedad del conocimiento y los resultados de las mismas (Bernat Soria, Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña). Se hace necesario un cambio de mentalidad en los científicos («no sólo hay que aumentar la inversión en ciencia, hay que cambiar la “cultura”») y una «ética de la comunicación científica» (Bernat Soria).

3) «El siglo XXI será el siglo de la biotecnología» (Bernat Soria) y España no puede quedarse al margen de las investigaciones que marcarán el desarrollo de aspectos fundamentales de la ciencia y de su aplicación cotidiana.

4) El futuro de España se inserta necesariamente en el «gran

debate sobre la más que necesaria reforma de la Unión Europea» (Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña). La sociedad europea debe afrontar asimismo el reto de convertirse en una sociedad del conocimiento. Si no hay «una industria capaz de absorber la producción de conocimiento» (Bernat Soria), el beneficio repercutirá fuera de nuestras fronteras. Esa sociedad del conocimiento no podrá olvidar el avance que ha aportado la cultura europea a la «construcción de una ciudadanía cosmopolita, sin exclusiones, dando carne de realidad al sueño estoico, cristiano, liberal y socialista de una república de ciudadanos del mundo» y «hacerlo desde esa «forma de vida europea» que hizo de los derechos sociales la carta de triunfo de la auténtica competitividad», lo que supone «una «economía social de mercado», tendente al pleno empleo y al progreso social», dentro de un enfoque que permita «un nivel elevado de protección del medio ambiente y desarrollo sostenible» (Adela Cortina).

5) «España posee una doble identidad» europea e iberoamericana. «Cuanto mayor sea su presencia en América Latina mayor será su peso en Europa. Y viceversa». España debe jugar un «mayor liderazgo» en «las relaciones entre ambos bloques», pero eso requiere que «la política exterior española hacia América Latina» sea «más previsible y coherente, al margen de los vaivenes partidarios que se producen con cada nuevo cambio de gobierno» (Carlos Malamud).

6) El idioma español, además de una gran riqueza cultural, es un capital económico muy importante. «La enseñanza del español en el mundo, el papel del negocio del ocio y las comunicaciones en español o el uso de nuestro idioma en internet» (Carlos Malamud) son cuestiones que no podemos desatender y que habrá que coordinar de alguna forma con nuestros socios hispanoamericanos.

7) «Las transiciones políticas de los países son posibles por las transiciones éticas». La sociedad española es reflejo de esa transi-

ción ética, que ha sido capaz de configurar los valores de una «ética de los ciudadanos»: libertad, igualdad, solidaridad, diálogo, respeto activo a la intolerancia y no instrumentalización del hombre como máximo reconocimiento de su dignidad. Este «capital ético» es imprescindible para «construir un mejor futuro», desde la «encarnación de los valores en las distintas esferas de la vida cotidiana», siempre alerta frente al «progreso de una mentalidad del medio económico personal con olvido del deber del “trabajo bien hecho”» (Adela Cortina).

8) Y es muy posible que no pueda emprenderse nada sin ser conscientes de las raíces de «una civilización caracterizada como cristiana durante milenio y medio», porque «el peor ruido del mundo es el ruido religioso, que ataranta a las almas y confunde a las conciencias». Frente al biblicismo escatológico hay que ir al fondo del sentimiento religioso del hombre si es verdad, como cree Agustín Andreu, ser tan difícil perder la fe. Una teología seria tendrá que ser seria, en primer lugar, con la inteligencia. A las «formas del egoísmo» habrá que oponer un sentimiento como el de Clemente Alejandrino («la vida es una fiesta») y bastante del «cristianismo joánico» del amor al prójimo, más aún en un país como España donde a diario llegan a nuestras playas cadáveres, «tan hijos de Dios como nosotros», arrojados por un mar que nos es común con nuestro vecino africano (Agustín Andreu).

J. Z. B.